

Llamp, el elefante de las manchas brillantes

Había una vez, en una selva llena de vida y colores, una manada de elefantes que vivía felizmente. Todos eran grandes, fuertes y tenían la piel de un gris elegante que les permitía camuflarse entre los árboles y el barro. Pero había un elefante diferente. Se llamaba Llamp, y su piel estaba cubierta de manchas que brillaban con una luz dorada cuando le tocaban los rayos del sol.

Este rasgo especial no pasaba desapercibido. Cuando Llamp era un elefantito, los otros pequeños de la manada le miraban con curiosidad. Algunos estaban fascinados, pero otros se reían y se burlaban.
— ¡Míralo! ¡Parecen bombillas colgadas de un árbol!—decía una cría de elefante entre risas.

Esto hacía que Llamp a menudo se sintiera fuera de lugar. Intentaba jugar con los demás, pero siempre acababa escondiéndose detrás de los árboles o rodando en el barro, esperando a que sus manchas dejaran de brillar. Pero, por mucho que se esforzara, su reflejo dorado siempre volvía a aparecer.

Un día, Llamp se aventuró más allá de la zona habitual de la manada. Llegó a un claro donde todo era tranquilo y silencioso. Se sintió

seguro y, por primera vez, dejó que el sol acariciara su piel sin miedo. De repente, un pájaro pequeño con plumas de colores vivos se detuvo a su lado.
— ¡Oh! ¿Qué son estas manchas tan bonitas? —preguntó el pájaro maravillado.

Llamp, sorprendido por aquella reacción, se limitó a encogerse de hombros.
— Sólo son manchas. Pero todo el mundo se burla de mí porque son demasiado llamativas.

El pájaro sonrió.
— ¿Llamativas? ¡Pero si son maravillosas! En la selva, pocas cosas brillan así. ¡Tendrías que estar orgulloso!

Las palabras del pájaro quedaron grabadas en el corazón de Llamp, pero todavía no estaba convencido. Cuando volvió a la manada, las burlas continuaron, y él siguió escondiéndose.

Una mañana, mientras todos los animales de la selva se preparaban para empezar el día, una nube enorme y negra cubrió el cielo. No era una nube cualquiera: era tan espesa que apenas dejaba pasar la luz del sol. La selva quedó sumida en la oscuridad, y eso asustó a todo el mundo. Los pájaros no sabían hacia dónde volar, los monos se columpiaban nerviosos y los elefantes no podían encontrar el camino hacia el estanque para beber agua.

— ¿Qué haremos? —preguntó una vieja tortuga, temblando.
— Si no encontramos agua pronto, ¡podríamos deshidratarnos! —dijo un antílope, preocupado.

Los elefantes intentaron avanzar a ciegas, pero la oscuridad les hacía chocar contra los árboles. Fue entonces cuando el pájaro de plumas

multicolores se acordó de Llamp. Voló rápidamente hasta dónde estaba el elefante escondido y le contó lo que pasaba.
—¡Llamp, la selva necesita tu luz! ¡Tus manchas pueden guiarnos hasta el estanque!

Llamp se quedó detenido.
-¿Yo? Pero… ¿y si se vuelven a reír de mí?

El pájaro sacudió la cabeza.
— Ahora no es momento de preocuparse por eso. Tu don es único, y los demás lo entenderán cuando les ayudes.

Aún con dudas, Llamp siguió al pájaro hasta donde estaban los demás animales. Cuando llegó, notó cómo todo el mundo le miraba, pero esta vez no había burlas, sino esperanza. Los animales se apartaron para dejarle pasar, y Llamp, con el corazón latiendo fuerte, dio un paso adelante.

Cuando los pocos rayos de sol que atravesaban la nube tocaron sus manchas, una luz cálida y brillante se extendió a su alrededor. Llamp empezó a andar y, detrás de él, toda la selva le siguió. Sus manchas eran como estrellas que iluminaban el camino en medio de la oscuridad.

Finalmente, llegaron al estanque. Los animales bebieron agua y descansaron. Todos estaban agradecidos a Llamp.
— ¡Eres un héroe! —dijo la vieja tortuga.
— ¡Nos has salvado! —añadió un mono emocionado.

Ese día, Llamp entendió que ser diferente no era un defecto, sino una fortaleza. Sus manchas, que antes consideraba una fuente de vergüenza, se habían convertido en su característica más querida. Desde entonces, caminó con la cabeza alta, orgulloso de su luz única.

Y así, Llamp no sólo iluminó los caminos de la selva, sino también los corazones de sus habitantes. Todos aprendieron que cada uno tiene algo que le hace especial, y que la diversidad es lo que hace del mundo un lugar maravilloso.